



MARCELO NOVOA

Años luz. Mapa estelar de la ciencia ficción en Chile

Valparaíso: Universidad de Valparaíso / Puerto de Escape, 2006

por **Macarena Areco**

Pontificia Universidad Católica de Chile

Departamento de Literatura

mareco@pcionline.cl

El impulso culturalista de las últimas décadas del siglo XX, con su concepto ampliado de cultura y de producción simbólica más allá de los márgenes del canon y de la «obra de arte», le ha otorgado un espacio de visibilidad a los, hasta entonces, despectivamente llamados subgéneros narrativos —el policial, el terror, el folletín romántico o de aventuras y la ciencia ficción, entre otros—, los cuales, en esta nueva estrategia multidisciplinaria, son concebidos como formas privilegiadas de expresar lo que un neomarxista como Fredric Jameson llama el inconsciente político. Proliferan así trabajos académicos que leen *Drácula* de Bram Stoker en sus relaciones con el movimiento de la nueva mujer, el antisemitismo europeo, el colonialismo, la frenología o el darwinismo en la Inglaterra victoriana; teorías que vinculan los crecientes requerimientos de control ideológico del proletariado con la estetización del crimen y su concepción como obra de arte en el policial clásico desarrollado en el siglo XIX; o estudios que interpretan la labor socialmente vinculante del detective de serie negra a la luz de la fragmentación propia de las ciudades del capitalismo tardío, sólo por nombrar algunos ejemplos.

Como en tantos otros casos, Borges ya había planteado, en su prólogo a las *Crónicas Marcianas* de Ray Bradbury publicadas por Minotauro en 1955, donde además esboza una breve historia del género, esta visión: «Toda literatura [...] es simbólica; hay unas pocas experiencias fundamentales y es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo 'fantástico' o a lo 'real' [...] Bradbury ha puesto sus largos domingos vacíos, su tedio americano, su soledad, como los puso Sinclair Lewis en *Main Street*» (29).

Este claro de visibilidad adelantado por el autor de *Ficciones* y despejado desde la academia por la crítica cultural reciente puede explicar en parte importante el que en la temporalidad, que tantas veces fue su emplazamiento

preferido, el siglo XXI, la ciencia ficción en Chile experimente un auge, del cual son muestras significativas la publicación de la novela *Ygdrasil* de Jorge Baradit en 2005 y la antología de Marcelo Novoa que ahora comento.

Tal como su subtítulo lo plantea, es este trabajo un mapa que permite ubicarse en la zona casi desconocida de la creación literaria nacional, que es la ciencia ficción. De ahí que el antologador proponga un corpus amplio —el cual convoca a treinta y seis autores y abarca gran parte del siglo pasado y de lo que va corrido de éste— y que entregue también una periodización ordenadora que divide a la narrativa de anticipación chilena en cuatro etapas: «Casi... la edad de oro (1930-1959)»; «Los continuadores invisibles (1960-1979)»; «La Edad (+) Dura (1980-1999)»; y «The NeX Generation (2000...)»; a las que se suma una fase de «paliociencia-ficción chilena» (19), al decir de Roberto Plissock, donde se mencionan, entre otras, *Ocios filosóficos y poéticos en la Quinta de las Delicias* (1829) de Juan Egaña y *Don Guillermo* (1842) de José Victorino Lastarria.

Como todo mapa que intenta describir tierras apenas conocidas, la antología de Marcelo Novoa tiene sus zonas dudosas, principalmente la relativa a la delimitación del género, cuyo problema radica, creo, en la carencia de una discusión más acabada (la definición de la fórmula, que se entrega en el estudio inicial, vinculándola con los cuentos de hadas y las leyendas —«el género responde básicamente a un deseo de racionalizar dichos mitos pretéritos, dotándoles de una explicación, más o menos, científica» (15)—, es insuficiente, como el mismo Novoa señala). Así, se incorporan textos como «Bicéfalo» de Hernán del Solar, en donde no aparece lo que Darko Suvin llama *novum*, es decir, la causa material, científica o pseudocientífica, que, según este autor, es el rasgo distintivo del género, y sólo puede percibirse lo que se ha indicado como la función simbólica de la ciencia ficción, que es la representación del encuentro con la diferencia.

Tampoco se realizan distinciones, a mi modo de ver necesarias, entre aquellos textos en que la ciencia ficción es el único horizonte genérico y aquellos en que es uno más dentro de diversas modalidades, lo cual es especialmente claro en Juan Emar (quien, en este sentido, más que formar parte de la tradición de escritores de anticipación, lo es de una línea experimentadora, que se caracteriza por desarrollar una narrativa metaliteraria y metagenérica, dentro de la que se encuentran Macedonio Fernández, Felisberto Hernández y Enrique Lihn, entre otros). En esta misma dirección puede discutirse el criterio, no formulado, de seleccionar una sola obra por autor, el cual lleva a que, por ejemplo, en el caso de Hugo Correa, se elija un único relato (siete páginas versus dieciséis de Emar, en lo que se puede leer un intento de canonización del género), a pesar de que este autor es, según el antologador, el fundador de la ciencia ficción en el país y su mayor exponente.

Pero no quiero detenerme en estos problemas que no constituyen el eje de un trabajo cuyo objetivo no es hacer precisiones teóricas, sino que abrir lo que hasta ahora ha sido «una puerta tapiada» de la narrativa chilena y con ello recuperar una parte de la tradición literaria no realista, definida por Novoa

como «*una corriente sumergida* que sólo hoy sale a la superficie... con años luz de retraso» (21). En cambio, parece más a propósito reseñar algunas de las múltiples posibilidades que abre el poder contar con un material como el que pone a disposición esta antología.

Si pensamos la literatura, a la manera de Jameson, como un producto simbólico que resuelve a nivel imaginario una contradicción en el plano de «lo Real», las visiones que abre esta perspectiva de conjunto son muy productivas. Es posible leer en este sentido el que la realización del sueño bolivariano en «Julio Tézlez» de Alberto Edwards (quien también cultivó el género policial) —que implica la fundación de la Confederación del Pacífico en 1918, la cual es liderada, aunque no oficialmente, por un chileno— permite que nuestro país ocupe una posición determinante en la declaración de guerra que Estados Unidos le hace a Inglaterra y Alemania en 1925 (los cañones de la ciudad de Arica destruyen la escuadra del país del norte). Algo similar ocurre en *Thimor* (1932), de Manuel Astica, donde el foco de la atención mundial se pone en Valparaíso, debido al hallazgo de un manuscrito que narra el descubrimiento realizado por un marino mercante chileno de la ínsula cuyo nombre da título a la novela, último vestigio del continente perdido de Lemuria. (Aunque no aparece en esta antología, vale la pena mencionar que en *Ygdrasil* el territorio nacional oculta un centro cósmico.)

Pero no sólo se pueden leer compensaciones imaginarias en estos textos, sino que también trasposiciones fantásticas de condiciones reconocibles en la historia reciente, en la medida en que varios de los relatos —como *Clasificador 331* de Claudio Jaque, *Lamentos* de Teobaldo Mercado Pomar y *¿Conoció usted a Salvatierra?* de Sergio Escobar— son factibles de interpretar como la exacerbación pesimista, catastrofista y, en el último caso, humorística, del tiempo de su enunciación.

Por otra parte, el trabajo de Novoa también permite identificar la presencia de una veta utópica, especialmente importante en la década de 1930, que se inicia con la mencionada *Thimor* y tiene entre sus hitos *Pacha Pulai* (1935) de Hugo Silva y *La ciudad de los Césares* (1936) de Manuel Rojas. Otro aspecto que destaca en esta antología es la literatura doblemente marginal de mujeres que escriben ciencia ficción, las cuales son representadas por Elena Aldunate, Raquel Jodorovsky, Myriam Phillips y Soledad Véliz. Finalmente, el enfrentamiento con el otro, escenificado a través del encuentro con seres provenientes de tiempos o mundos lejanos, también está profusamente expresado en la selección. Así por ejemplo en *La bella durmiente* de Aldunate, un científico del futuro se enamora de una mujer del pasado a la que descubre luego de cientos de años de hibernación; en tanto, en *El río del mundo* de Luis Saavedra, dos asesinos, uno de ellos armado con un corvo, se revelan como extraterrestres abandonados en la tierra, dispuestos a vengarse de sus congéneres; mientras que en «Afuerinos» de Daniel Villalobos, dos seres llegados por accidente desde otro planeta son confundidos con homosexuales por los habitantes del pueblo del norte del país que habitan como forasteros.

Después de esta somera enumeración, no queda más que celebrar el traba-

jo de Marcelo Novoa, debido al aporte que significa poner en escena una parte casi desconocida de la corriente fantástica de la literatura latinoamericana, una línea que se vuelve cada vez más profusa si consideramos en ella, aparte de los consagrados Borges, Bioy y Cortázar, a autores menos reconocidos como Juana Manuela Gorriti y Leopoldo Lugones (poco estudiado como escritor de relatos de este tipo), ambos incluidos en la antología de Oscar Hahn sobre el cuento fantástico hispanoamericano en el siglo XIX; a narradores intersticiales —el término es de Ángel Rama—, que, como Juan Emar se han desplazado en los bordes de la ciencia ficción y de otros subgéneros populares; y, por supuesto, a estos «visionarios aterrados con el presente» (13) que *Años luz* nos descubre.

FECHA DE RECEPCIÓN: AGOSTO DE 2006

FECHA DE ACEPTACIÓN: SEPTIEMBRE DE 2006